



Guy **Sorman**
China

El imperio de las mentiras



Editorial Sudamericana

GUY SORMAN

CHINA : EL IMPERIO DE LAS MENTIRAS

Sudamericana

*A Ding Zilin, madre de una de las víctimas de Tiananmen,
y a Shi Tao, prisionero político*

Prólogo

La invención de China



China despertó, el mundo tiembla. Tiembla porque nuestra idea de China supera a la realidad: no es la primera vez que esto ocurre. Los observadores occidentales de China siempre han estado dotados de un talento especial para verla tal como no es. Y a los dirigentes chinos, desde el Celeste Imperio hasta el Partido Comunista, nunca les faltó el don singular de engañar a los occidentales. ¿Surgirá a Occidente el poderío chino? La realidad es que toda la economía china apenas si pesa más que un solo país de Europa, como Francia o Italia, y China sigue siendo una de las naciones más pobres del globo.

El mundo tiembla porque sueña con China en vez de conocerla: es una larga historia.

Los jesuitas, Jean-Paul Sartre, los patrones

Cuatro siglos atrás, cuando los jesuitas de Francia y de Italia descubrieron China, lo que no vieron fue muy notable. Si nos atenemos a sus narraciones, que fijaron perdurablemente la imagen de China en la percepción europea, los chinos no tenían religión y estaban gobernados por un emperador filósofo. En *Les Lettres édifiantes et curieuses*, best-seller de 1702 y obra de jesuitas franceses, se describe al pueblo chino como a una masa informe y supersticiosa; pero los mandarines, adeptos de Confucio, fueron considerados por nuestros viajeros como letrados exquisitos. Esta China que era el resultado de sueños impresionó a los filósofos del Siglo de las Luces,

en especial a Leibniz y a Voltaire, hasta el punto de que desearon para Europa los beneficios de un despotismo ilustrado y de una moral sin Dios: hay genes chinos en el Ser Supremo de Voltaire. En su escritorio de Ferney imperaba un retrato de Confucio, bajo el cual se leía la divisa: "Al Maestro Kong, que fue profeta en su tierra": la China real había sido suplantada por cierta idea de China, y se había fundado la sinología como ideología.

¿Y la verdadera sociedad china? Estaba en otra parte: el pueblo sometido a las exacciones de unos mandarines no siempre seleccionados por exámenes, y muchas veces corruptos. ¿El confucianismo? Frecuentemente, era sufrido como una ideología anticlerical, todo lo contrario de lo que ocurría con la devoción popular por Buda y por los inmortales del taoísmo. ¿El emperador? Si los chinos hubieran percibido como legítimas a las dinastías imperiales, no se habrían sucedido veintiséis de ellas, separadas por otros tantos golpes de Estado, hasta la revolución republicana de 1911.

¿Pero quién se interesa por esta China auténtica? Aun en estos años recientes, la mayoría de los trabajos universitarios franceses se han consagrado a la "filosofía confucianista" y a las costumbres de la corte, poco a la sociedad contemporánea. Esta preferencia por los mandarines, en la línea de los jesuitas y de Voltaire, cede pero lentamente. Desde hace sólo una generación se enseña el chino como cualquier otra lengua viva, con otras perspectivas que aquella de convertirse en sinólogo. Economistas, juristas y sociólogos se aventuran finalmente a China como si se tratara de un país normal, ¡porque es un país normal! Pero sus trabajos no han remplazado aún en nuestra mente a la China imaginaria por los chinos concretos; ningún sinólogo ha alcanzado al gran público como Alain Peyrefitte lo ha hecho entre 1973 y 1994. Pero los propios títulos que Peyrefitte elige ubican a China en otro plano: *Cuando China despierte, el mundo temblará*, *El imperio inmóvil*, *La tragedia china*. En ningún momento, en estas obras, hay una pregunta por los individuos chinos: China, según Peyrefitte, es un gran todo orgánico, dormido o

trágico. ¿Sobre qué otra nación se osaría proyectar así sueños y pesadillas?

Esta primera "invención" de China fue de inspiración conservadora: a partir de los años setenta, la segunda será "progresista" pero un poco más realista. Los jesuitas que soñaban con la evangelización universal y con un soberano filósofo los habían descubierto en Pekín. Quienes se proclaman intelectuales desean una revolución universal y guías geniales; ¿dónde los habrían buscado si no en Pekín?

De viaje por China, tres siglos después de que arribaran los jesuitas fundadores, los escritores Roland Barthes, Philippe Sollers, Jacques Lacan,¹ entre muchos otros de su tribu, lograron no ver nada. En plena guerra civil, llamada "Gran Revolución Cultural", Maria-Antonietta Macciocchi, que pasaba por una autoridad intelectual en Italia y en Francia, escribió: "Luego de tres años de desorden, la Revolución Cultural inaugurará mil años de felicidad". Los nuevos filósofos, como Guy Lardreau y Christian Jambet, vieron en Mao una resurrección de Cristo y en el *Pequeño libro rojo*, una reedición de los Evangelios; su enfoque metafórico del maoísmo era la exacta simetría de la interpretación del confucianismo que habían hecho los jesuitas, un viaje de retorno de lo imaginario. Jean-Paul Sartre, siempre sensible a la estética de la violencia, fue evidentemente maoísta sin ni siquiera tener la necesidad de ir a China. "Un tonto sabio es más tonto que un tonto ignorante", escribió Molière.

No fueron todos ingenuos en esta segunda "invención" de China. En esos mismos años de 1970, el escritor belga Pierre Ryckmans, alias Simon Leys, y René Viénet, cineasta y autor del film *Chinois, encore un effort pour être révolutionnaires!* (un decálogo en imágenes de la propaganda maoísta), observaban, entre otros indicios, que los cadáveres atados unos a los otros que arrastraba el río de las Perlas llegaban hasta la bahía de Hong Kong. No hicieron falta informaciones escritas sobre las masacres para aquellos que querían consultarlas; pero ellos conocían la China real, lo que volvía sus propósitos y sus denuncias del maoísmo menos inoportunos que las

fantasías jesuítico-izquierdistas. En 1971, René Viénet y Chang Hing-ho publicaban en su colección, la "Biblioteca asiática", *Les Habits neufs du président Mao* de Simon Leys, que se convirtió en un clásico del análisis de la dictadura maoísta. Como en los tiempos del gulag soviético y de los campos de concentración nazis, era imposible ignorar los crímenes maoístas en el mismo instante en que se los cometía.

Sin duda hacía falta ser maoísta en los años setenta, como se fue, en la Europa del siglo XVIII, adicto a la *chinoiserie* (una moda inocente), y a mediados del siglo XX, compañero de ruta del estalinismo. De nuevo hoy, sin haber cambiado mucho nada, vemos la tercera "invención" de China.

Las delegaciones de los hombres de Estado y de los hombres de negocios que se suceden en Pekín, ¿ven mejor a China que los jesuitas de anteaer y que los intelectuales progresistas de ayer? No es para nada seguro. El interés los motiva, así como el provecho y la razón de Estado, ¿pero éste no era el caso de los jesuitas? Los intereses no lo vuelven a uno forzosamente clarividente. Como los intelectuales progresistas de los años setenta, estos viajeros, una generación más tarde, siguen pensando que visitar China es algo que escapa a lo común, que no conviene juzgar a esta nación según los mismos criterios con los que se juzga a otros países de Asia, Corea o Japón, que están al lado. Un cierto asombro se apodera siempre de las delegaciones occidentales que llegan a Pekín, que fomentan los huéspedes comunistas, expertos en la escenificación del recibimiento tal como lo hacían los emperadores y Mao Zedong. Uno se queda perplejo ante esa abdicación del espíritu crítico de los oficiales occidentales en China: este país no es más "exótico" que África o India, y desde una veintena de años, lo es menos. Pero la Gran China de fantasía todavía oculta a la China real.

Las delegaciones actuales, como los jesuitas de anteaer, sólo tratan con la corte y sus mandarines; los de hoy son sólo menos refinados que sus predecesores: los dirigentes comunistas son brutales en su manera de ser y de dirigir el país. Para el visitante, en la China

real, que es vasta, existen regiones prohibidas, informaciones censuradas, los interlocutores son reticentes o están bajo control. Se les permite a los chinos expresarse a título personal, criticar el régimen, a condición de que esta información no circule y que no se organice, que no se sistematice. Toda organización no comercial, cualquiera sea el motivo, social, religioso, cultural, está prohibida por el Partido Comunista; los promotores de las organizaciones a menudo son enviados a prisión sin que siquiera se les conceda un juicio. La China real, la que habitan los chinos, está en manos de un Partido siempre totalitario, de sus oficinas de Seguridad, de su departamento de Propaganda. Ésta es por lejos la administración más eficaz con la que cuenta el país. Los extranjeros consumen lo que ella administra: estadísticas económicas inverificables, elecciones fraudulentas, epidemias disimuladas, pretendida paz social, pretendida ausencia de toda aspiración a la democracia...

A la escucha de los chinos reales

¿Qué piensan los chinos, el 95 por ciento que no integra el Partido Comunista, los millones y millones que siguen siendo libres de espíritu y campesinos pobres? En un país totalitario, no se puede medir la insatisfacción, la oposición, el odio hacia el Partido. Pero está permitido ir al encuentro de individuos con el enorme coraje de expresar su anhelo de libertad: y eso hemos hecho; la investigación tiene sus riesgos, pero no es imposible. Otros se han consagrado a esto, periodistas, sociólogos, economistas, y llegaron a la misma conclusión: a los chinos no les gusta el Partido Comunista, la inmensa mayoría prefiere otro régimen menos corrupto, más igualitario. La proporción de quienes sacan provecho del desarrollo económico es tan poca que la gran masa de los chinos manifiesta un sentimiento de profunda injusticia, más poderoso que la esperanza en el progreso individual.

A escuchar a estos chinos de espíritu crítico he consagrado un año, el "año del Gallo", según su calendario, de enero de 2005 a

enero de 2006: escuchar, ¿no es lo mínimo que uno puede hacer? Me hablan, algunos corren riesgos por ello, mientras que yo no corro ninguno. A estos hombres y mujeres que aman la libertad —a quienes di un lugar de privilegio en esta investigación—, la colusión de los gobiernos occidentales con el Partido Comunista les resulta incomprensible. ¿Cómo es posible —me preguntan muchas veces— que hayan olvidado tan rápido la masacre de Tiananmen? A las familias no les dieron ni siquiera los cuerpos de las víctimas. ¿Dudamos un instante de que el Partido, si se sintiera amenazado, recurriría de nuevo al ejército? ¿Sabemos nosotros que por todas partes de China hay revueltas de agricultores en los campos, y de obreros en las fábricas, en contra del Partido? ¿Ignoramos que las religiones son reprimidas, que miles de sacerdotes, pastores y fieles de tal o cual culto son internados sin juicio previo en “centros de reeducación por el trabajo”? ¿Somos sensibles o no al abandono sin ningún tipo de cuidado de centenares de miles de víctimas del sida, a la suerte de los millones de jóvenes campesinas condenadas a la prostitución para —entre otras cosas— atraer a los inversores extranjeros? ¿Cómo interpretamos la emigración, todos los años, de millones de chinos, desde los más educados hasta aquellos de educación rudimentaria? ¿Conocemos el número, en millones de divisas, que los dirigentes del Partido roban a los trabajadores chinos para invertir en el extranjero y vivir fuera de China, donde a menudo ya se encuentran sus familias anticipándose a un golpe de Estado?

Sería incorrecto esquivar estos interrogantes, bajo la ficción de que se trata de asuntos interiores de China, ya que el destino de este país depende en gran parte de las decisiones tomadas en Occidente: sin las inversiones extranjeras, sin la importación de productos chinos, el desarrollo económico del país se vería interrumpido; el 60 por ciento de las exportaciones de China se efectúa por intermedio de empresas extranjeras; la supervivencia del Partido Comunista es tributaria de la relación privilegiada que tiene con quienes deciden en Occidente. Esto explica la energía que pone el Departamento

mento de Propaganda en seducir a la opinión pública en Occidente o en comprarla.

¿Debemos temerle a China?

La Realpolitik de Occidente hacia China es evidentemente inmoral; ¿es por lo menos útil para nuestros intereses? La "invasión" de productos chinos inquieta, pero, dado que viene de China, no es la amenaza más peligrosa. Estas importaciones a buen precio mejoran nuestro nivel de vida y hacen que algunos trabajadores pierdan sus empleos, pero, como toda división internacional del trabajo, obligan a nuestras empresas a volverse más innovadoras. Este desafío no puede dejar de afectarnos.

El verdadero riesgo de la buena camaradería que existe con el Partido Comunista es otro: le permitimos a un Estado totalitario reunir un arsenal que pesará mucho para los vecinos de China, para Asia, para el resto del mundo. Ahora que nadie amenaza a China, ¿por qué el Partido está buscando incrementar su potencia militar? ¿Cuál es la utilidad de setecientos aviones de caza y de armas nucleares, capaces de alcanzar Taiwan, pero también Japón, Corea y Estados Unidos? Y, aun más inmediatamente, la de cientos de misiles de media distancia, que apuntan a las poblaciones de Taiwan desde las montañas de Fujian y de Jiangxi? Se adivina la ambición del Partido. Es el Partido el que es peligroso para los chinos y para el resto del mundo, mientras que los chinos reales, que como todos los seres humanos aspiran a la tranquilidad, no amenazan a nadie.

La alternativa existe: apoyar a los demócratas chinos es posible. El Partido Comunista, tributario de las inversiones extranjeras, será particularmente vulnerable en el período que nos separa de los Juegos Olímpicos que se celebrarán en Pekín. El Partido vive en la esperanza de esos Juegos en los que ve una consagración, y en el temor de un accidente que la amenazaría (una revuelta popular, una epidemia...). Vienen a la mente dos precedentes, que señalan la importancia de los Juegos de 2008. En los de 1936 en Berlín, la ideo-

logía nazi encontró una consagración; en los de 1988 en Seúl, Corea del Sur se abrió al mundo y se inauguró su democratización. Pekín 2008 ¿será Berlín o Seúl?

El momento es oportuno para ejercer presiones sobre el Partido Comunista: que deje de encarcelar a los demócratas y a los que practican diversas religiones en China, que autorice el regreso de los exiliados políticos, que los derechos humanos inscritos en la Constitución china puedan ser invocados ante los tribunales, que los partidos de oposición estén autorizados, y que se libere la información de la tutela del Departamento de Propaganda. Como propone el demócrata exiliado en Estados Unidos, Hu Ping: "No le pedimos al Partido que haga esto o aquello, le pedimos que deje de hacer cosas". Y ya que los dirigentes comunistas están tan seguros de su popularidad, que la testeen a través del sufragio universal: no sería inconveniente que los occidentales se lo pidieran, como le exigieron a Sudáfrica en tiempos del *apartheid*: "Un hombre, un voto". Una exigencia así, ¿sería mal recibida por China? De este modo podríamos celebrar en 2008, tanto los chinos como los demás, unos Juegos Olímpicos en un país finalmente normal.

¿Los chinos quieren realmente la libertad?

Si pudieran expresarse libremente, los chinos exigirían ser libres. ¿Por qué estarían satisfechos de la opresión del Partido Comunista? ¿Les gustará la tiranía, y en esto entonces serán distintos de todas las otras naciones? En Occidente, nuestros prejuicios, nuestros intereses económicos y diplomáticos se conjugan con la propaganda de los dirigentes comunistas para hacernos creer que en China la democracia sería una aberración, o que es demasiado pronto para pensar en ella; incluso, que la democracia sería contraria a la civilización china. Pero los chinos, que son ciudadanos de nuestro tiempo antes que de su país, saben lo que es la democracia, han sufrido demasiado los atropellos del Partido Comunista como para no anhelar, antes de todo, que se vayan.

¿No le reconocerán al Partido que haya aflojado su incidencia sobre la sociedad? Sí, son menos tiranizados desde que se les ha restituido el derecho de vivir en familia, de elegir su estilo de vida, y, para una minoría de ellos, de enriquecerse. Pero el pueblo sabe cuántas cosas siguen estando en manos del Partido, cuántas están expuestas a los humores y las luchas de los dirigentes y las facciones; en el vecindario, el pueblo, la empresa, todo individuo sigue a merced del pequeño jefe local. Si los chinos pudieran, arrojarían a estos *apparatchiks* al cubo de basura de la Historia. No pueden hacerlo, aunque algunos sin embargo lo dicen, y esto exige de su parte un coraje inaudito.

En Occidente, llamamos “disidentes” a estos demócratas. El término es reduccionista; esos disidentes allá no son personajes marginales, sino los voceros de la nación china. Desde que China se encuentra bajo la égida del Partido Comunista, estos heraldos de la democracia se relevan de una generación a otra. Las enormes arcas del Partido están siempre ocupadas en cubrir esas voces, pero aquí nos proponemos escucharlas. Postulamos que honran a China, y que acaso son su porvenir.

“Una China normal”: esto es lo que piden los demócratas de su país. Escuchémoslos, ya que lo que sigue no es, espero, un libro más sobre China. Escribir en términos generales, por lo demás, carece de sentido: es como escribir sobre Occidente en general. Parece también impensable profetizar sobre China, un conjunto de pueblos particularmente imprevisibles que se encuentran en una situación sin precedentes, cada día más volátil. Aquí nos contentaremos con escuchar, no a todos los chinos, desde luego, sino a algunos chinos, individuos singulares, elegidos porque son representativos —creemos— del actual debate entre el poder autoritario y aquellos que lo enfrentan. Son personas de carácter bien templado, convencidas de la justicia de la causa. En lugar de un libro sobre China, propongo apenas esto: una recopilación de relatos, a lo largo del año del Gallo, con chinos inflexibles; un año para escuchar a los demócratas de China, los rebeldes contra la tiranía, esto es, me parece

a mí, lo menos que podía hacer. Una manera también de no reincidir en la fascinación que a veces, frente a los tiranos, mostró Occidente.

¹ Jacques Lacan nunca viajó a China, aunque fue invitado y planeó hacerlo (*N. de los T.*).

1

Los resistentes



Sentado bajo un cartel que dice *No smoking*, Wei Jingsheng enciende un nuevo cigarrillo inmediatamente después de haber apagado otro; no se le puede reprochar que viole la ley a alguien que pasó dieciocho años en las prisiones chinas. En este *fast-food* del barrio chino de Washington, el primer día del año del Gallo, la patrona y los clientes se regocijan con su presencia, se empujan para saludarlo. “El Estado de derecho —explica Wei, mientras aspira su sopa de ravioles— me da la libertad de violar la ley sin excesivos riesgos.” Sacar provecho de la ley y la posibilidad de violarla, esto es la democracia, según Wei. Exiliado en Estados Unidos, ama la democracia incluso con sus fallas y sus imperfecciones. La anhela para China porque no la idealiza; no ve una ideología de sustitución al marxismo, sino el fin de toda ideología.

La historia pública de Wei, el más reputado y el más constante de los disidentes chinos, comenzó el 5 de diciembre de 1978; esa mañana, pegaba un afiche sobre una pared de Pekín, “en pequeños caracteres” (escrito a mano), titulado “La quinta modernización”. Fue en Xidan, un barrio de la periferia de Pekín, y lo de los afiches fue una tarea encomendada por el nuevo jefe del Partido, Deng Xiaoping; quería que los peticionarios acudieran a apoyar sus reformas y a desembarazarse de los izquierdistas guiados por la viuda de Mao Zedong, pero nada más. Deng preconizaba eso que se llama en la lengua del Partido Comunista las “cuatro modernizaciones”: las de la agricultura, de la industria, de la educación, de la ciencia. Wei, obrero electricista de veintinueve años —el mismo oficio que

el de un tal Lech Walesa—, estimaba necesario proponer una quinta, la de la política. Hasta ese día, nuestro hombre jamás había estado en un puesto político más allá de los círculos de discusiones obligatorias, todos los viernes por la tarde, en su unidad de trabajo en el zoológico de Pekín. No había manifestado independencia de espíritu más que en su vida privada, vivía en concubinato con una tibetana que había nacido en una familia “contrarrevolucionaria”. El concubinato era ilegal, pero todo matrimonio debía ser aprobado por las unidades de trabajo: Wei y su compañera no lo lograban, sólo la abstinencia habría conformado a la ley socialista. Una moral que no se aplica naturalmente a los dirigentes del Partido: Mao Zedong fue abiertamente un maníaco sexual.

El hombre que dice la verdad

“El pueblo —escribe Wei— tiene necesidad de democracia. Exigiéndola, pide simplemente que se le restituya lo que le pertenece. Quienquiera que ose negarle el derecho a la democracia no es más que un bandido sin vergüenza, más infame que el capitalista que roba la sangre y el sudor del obrero.” Y un poco más adelante: “No necesitamos ni de dios ni de un emperador, no tenemos ninguna fe en un salvador, queremos ser dueños de nuestros propios destinos”. “La historia —señala en otro afiche, que puso días después— demuestra que todo poder conferido a un individuo debe ser limitado. Toda persona que exige la confianza ilimitada del pueblo es devorada por una ambición sin límites. Resulta entonces esencial elegir a quien nosotros le acordemos nuestra confianza, y más aún vigilarlo para que cumpla los mandatos de la mayoría. Sólo otorgamos confianza a los representantes que podríamos elegir, controlar, y que sean responsables delante de todos.”

Estos textos, que en Occidente parecerían una gran banalidad, causaron sensación en Pekín. La gente se agolpaba frente a las paredes, algunos leían el texto en voz alta para que todos pudieran oír y entender; muchos lloraban de emoción. Luego de treinta años de